

4 EN EL BOLSILLO

Al final, pasé un buen día.

No le he contado a nadie lo de mi dedo, ni siquiera a mi madre. Sin saber por qué, me siento culpable de lo que me pasó anoche. Me da vergüenza.

Desde la mañana hasta la noche mantuve la mano metida en el bolsillo. Tuve suerte: fue un día sin educación física y no necesité cortar nada en el comedor de la escuela.

¡Viva la hamburguesa con puré de patatas!

Y ahora que menciono esto, casi estuve a punto de desvelar mi secreto a toda la clase.

El señor Simón, con aire cansado, nos preguntó que qué era un animal ovíparo. Vicente, como Julia y Juana antes que él, bajaron la mirada y esperaron a que pasa-

EN TU PIEL

ra la tormenta. El profesor, suspirando, hizo la pregunta esperada:

–¿Quién es capaz de responderme?

Entonces, una decena de dedos impacientes y nerviosos se levantaron hacia el techo.

Y entre ellos, mi dedo índice negro. Como un cuervo en medio de una bandada de palomas, como una chocolatina entre melindros.

Como Malal en la clase.

Silvia puso el huevo cuando le preguntaron y, decepcionados, los otros dedos se bajaron.

En ese momento me di cuenta de la imprudencia que había cometido. Entonces, miré de derecha a izquierda. Nadie se había dado cuenta.

Tranquilo, pero atormentado por haber estado a punto de ser descubierto, volví a meterme la mano en el bolsillo.

Esta vez de verdad.

Nina tampoco vio nada.

Como cada martes por la noche cenamos pizza. Anoche fue de tres quesos. Después vimos la película *La gran juerga*. La he visto dos veces, mi madre seis.

A continuación, me fui a dormir, cansado por haber pasado un día tan raro. Me dormí enseguida, sin siquiera comprobar si el dedo había vuelto a su color original.

Me despierta el ruido de la puerta. Nina acaba de irse a trabajar. Hoy es fiesta en la escuela, y me espera otro largo y solitario día.

Entorno los ojos, enciendo la lámpara de la mesilla de noche y permanezco inmóvil unos minutos.

Aún tengo la mano debajo de las sábanas. Dudo antes de reencontrarme cara a cara con el dedo enfermo. ¿Y si el mal se ha propagado? ¿Y si el brazo se me ha puesto negro? Lentamente, extirpo la mano del calor de la cama.

Bien.

EN TU PIEL

Nada que destacar.

Sólo tengo el dedo negro. Nada ha cambiado, ni para bien ni para mal.

Pero, cuando me levanto, se me congela la sangre en las venas.

Me acabo de ver la mano izquierda.

